

referidos, aunque no me descarto totalmente de este assumpto.

CAPITULO XI.

Especial Dón que tuvo el V. P. Fr. Antonio para dirigir almas, allí obstinadas, como desoladas, y escrupulosas, manifestado con maravillosos sucesos.

DOtò affimifimo el Cielo à nuestro V. P. Fr. Antonio; con el Dón de la discrecion de espiritus, para encaminar almas perdidas, por las veredas de las virtudes, serenando à las escrupulosas, y confortando à las desoladas. En este assumpto fuè singularissima su destreza, acompañada de una gran sagacidad, para conocer si se ocultaba algun Aspid engañoso entre las flores, ó algun malicioso Anapelo entre las yervas. Especialmente en aquellas, que sin mas recomendacion, que el exterior sobrescrito de Beatas, suelen hallar quien apoye sus ridiculas fantasias, y tal vez quien cano- nize sus aprehensiones, y delirios. Yo sè, que para calificar si la virtud de cierta Señora era solida, entre otras pruebas, la obligó à que por mas de un mes, no anduvièssè por la Iglesia, sino de rodillas, y que fuesse siempre la ultima que llegasse al Confessionario. Mas qué no haría en beneficio del proximo, y en un punto de tanta importancia, un Varon, que à mas de ser tan expectable, por sus prendas naturales, era favorecido con extraordinarias continuas luces para penetrar interiores?

Viniendo desde Guatemala à ser Guardian de este Colegio, se le juntò en la Ciudad de Oaxaca un hombre, que bolvia para esta Ciudad de Queretaro. Preguntòle un dia en el camino: *Quanto tiempo hace que no te confieffas?* Respondiòle

el Compañero, que seis meses: Y replicandole el V. P. que reflexionasse bien en lo que decia, dixo por segunda vez lo mismo, ratificandose en su dicho. Entonces le dixo el Siervo de Dios, encendido en carmines su semblante: *Como puede ser esto verdad, si hace tres años que no te confieffas, por tal pecado que callas por verguenza.* Quedòse el mancebo lleno de admiracion, y sobresalto, viendo descubiertos los reconditos senos de su pecho; y logrando ocasion tan oportuna, hizo con el bendito Padre una confession entera de sus culpas, tan à su gusto, y à su parecer tan fructuosa, que segun assegurò despues, si huviera muerto en aquella oportunidad, no dudaria que huviera volado su alma al Cielo.

Hallandose hospedado en casa de cierto Eclesiastico del Obispado de Michoacan, que vivía mal entrenido, en la primera noche que fuè su Huesped, tocò à la puerta de su aposento, diciendole desde afuera, que tenia un negocio que decirle. Hallabasse el Sugeto encerrado con la que era el cebo de su turbacion, y aviendo salido con diffimulo à su llamado, se hallò con el Siervo de Dios à la puerta, que tapandose las narices con las manos, le dixo como espantado: *Qué mal? Qué mal me huele todo esto?* Retiròse con él al quarto de su hospedage, le diò muchos saludables documètos, lo confessò generalmente al siguiente dia; y desde aquel punto, quedò tan mudado el Sacerdote, y tan ajustado à sus otras obligaciones, que à mas de causar admiracion su mudanza à los que lo comunicaban de cerca, causò en toda su Poblacion mucha edificacion, y exemplo. De estos casos, ya quedan referidos algunos, y pudiera aun añadir otros.

Siendo Presidente del Colegio de nuestra Señora de Guadalupe, se confessaba de ordinario con el V. P. un Novicio, que aviendo leído las Meditaciones del Infierno, entrò en tan viva aprehension de aquellas horribles penas, que ya le parecia arder vivo en aquellas vorazes llamas. Con esta congoja acudiò al Siervo de Dios para que lo confessasse; pero

fin hacer caso de su suplica, le respondió con sonrisa, que bolviessé despues. Crecieron en el Joven las aprehensiones, y bolviendo por la noche con el mismo pedimento, le dixo, que lo difiriesse hasta mañana. Amaneció el siguiente dia, y fin quererlo confessar, le mandó que comalgassé por tres dias continuos, teniendolo en un potro de tormentos. Un Sabado por la tarde, no pudiendo yá vencerse el Mancebo, fué en busca del V. Varon, è impelido de su turbacion, comenzó á dár golpes defusados á la puerta de su Celda. Entró por fin, viendo que nadie le respondia, y encontró al P. Fr. Antonio con el rostro tan encendido, que parecian sus mexillas vivas asquas, aunque con el semblante muy risueño. Postróse el afligido Subdito de rodillas, para tomarle la bendicion, y dándole un apretado abrazo en su pecho, comenzó á hacerle con las manos cariños en la cabeza, diciendole: *Muchos trabajos, muchos trabajos*; añadiendole al despedirse: *Vaya, que á la noche nos verèmos; yá, yá se acabó*, sin expressar otra cosa. Llegó la noche, y no tuvo que decirle el atribulado, porque se halló tan otro con la vista, y palabras de su Santo Prelado, que se le borraron todas las especies de sus temores, logrando tal serenidad, y dilatacion de animo, que no pudodexar de atribuirle á prodigio.

En uno de los Monasterios de Mexico, avia una Religiosa, que deseaba comunicar algunas cosas con el V. P. Fr. Antonio, y para ello hizo diligencias de verle en el Confessionario. Fué el Siervo de Dios á una Rexa, llamado de otras Monjas, que querian consultarle algunas dudas; y hablando á todas una por una, las dexó en breve consoladas. Entró despues la que avia solicitado verle con tantas ansias, con animo de no descubrirle cosa de su interior, hasta que el Varon de Dios fuesse al Confessionario. Pero lo mismo fué entrar, y verla el bendito Padre, que decirle, sin darle lugar á que hablasse una palabra: *Para esso que me quiere decir, no es menester ir al Confessionario, que aqui se puede comunicar*. Hizo lo

lo assi la atribulada Esposa de Christo, y á pocas razones quedó tan confortada en el Espiritu, como cierta de que el Apostolico Ministro tenia luz de quanto passaba en el interior de su pecho.

Aviendose confessado con el V. Padre un hombre, á quien los escrúpulos tenian en una continua afficcion, le dixo, alentandolo á la confianza en Dios: *No tema, que se salvará*. Crecieron con esto mas sus temores, y se fué á consultar á un hombre docto, el qual, pareciendole, que el asegurarle la salvacion avia sido temeridad de Fr. Antonio, determinó ir á verle. Yá que se vió á solas con el bendito Varon, comenzó á hacerle cargo de su dicho, haciendole presente, que por vanamente confiado, podia perderse aquel penitente. Escuchóle el P. Fr. Antonio con mansedumbre, y dexó sus reparos tan plenamente desvanecidos, como dirá esta respuesta: *No se espante, Padre mio, que quien me dixo que á noche pernoctó mal, y con ningun temor á Dios, ha celebrado oy sin confessarse, me ha dicho tambien, que esse hombre se salvará*. Con esto, emmudeciò el Sugeto, y tal vez le serviria este aviso de remedio, atendiendo á la humildad, y modestia, con que se le decia una verdad oculta al conocimiento humano. En este, y otros casos de este jaez, observará el prudente Lector, que quedando serenas las conciencias perturbadas, se atropaban las maravillas.

Por la gran serenidad de conciencia, que consiguió Doña Juana Jacinta de Robles, á los pies del V. P. Margil, en la Mission, que hizo en el Pueblo de la Piedad, se fué en su seguimiento, con otras muchas Personas, al Curato de Puruandiro. Hallabáse embarazada, y á pocos dias de aver llegado, se sintió notablemente indispuesta. Por este motivo, aviendo comunicado sus escrúpulos, se despidió del V. P. y se mandó llevar á su tierra. Al otro dia de su partida, fué su Padre D. Thomàs de Robles, que avia quedado en la Mission à ver al Siervo de Dios; y viendole algo afligido, por el re-

zelo

zelo de que á su hija le huviesse sobrevenido algun achaque; en mas de quinze leguas de camino, le dixo resueltamente: *No tenga Vmd. cuidado, que su hija no lo tiene.* A pocas horas le llegó á dicho D. Thomàs un Correo, en que le avisaban de que la expressada Doña Juana, assi que llegó á su casa, avia parido felizmente; noticia, que por averse la anticipado el V. Missionero, la celebró por apreciable de muchos modos.

Perturbado de varios escrúpulos, y melancolicas apprehensiones, fuè á confesarse con el Siervo de Dios D. Carlos de Tagle, al Pueblo de Guanigéo. Desde luego que comenzó su confession, fuè refiriendo algunos pecados, que yá tenia confessados, deseando confessarlos con mayor individuation. Rompióle el P. Fr. Antonio el hilo de su narrativa, diciendole con su acostumbrado agraciado estilo: *No seas tan Borniquito, Criollo de las Montañas de Burgos, que esso yá está perdonado.* Hizole fuerza al Caballero este dicho, y conociendo el V. P. las dudas que interiormente le affigian, le refirió brevemente algunos passages de su vida, con tanta puntualidad, y exactitud, que de algunos de ellos, ni el mismo se acordaba, si no le huviera excitado las especies. Por todo lo qual, vino en conocimiento de que el Confessor hablaba con luz del Cielo: Depuso sus temores, y se convirtieron las espigas de su escrupulosa conciencia, en quietud, y sosiego.

Cierta Señora escrupulosa, que por el mucho concurso no pudo llegar á los pies del V. P. determinó bolverse á su casa, con no poco sentimiento de no comunicar su afliccion á un Sugeto, de cuya doctrina esperaba su consuelo. A este tiempo, pareciendole imposible el que el Siervo de Dios, la viesse, oyó una voz, que decía: *A la retirada: A la que está retirada.* Bolvió el rostro, y viendo que le hacian lugar los concurrentes, se acercó al Confessionario. Arrodillóse para confesarse; y antes de darle quenta de su conciencia, le dixo: *Tonta, boba, quita esos temores, que bien confessada*
 estas:

estas: Levantate, y anda con la bendicion de Dios. Con estas solas palabras quedò tan sumamente consolada, que le parecia averle sucedido á los pies de Fr. Antonio, lo que á la Magdalena á los pies de Jesu-Christo.

Huvo una Señora en Guatemala, que desengañada del Mundo, vistió el humilde Sayal Franciscano, y llegó, por el trato interior con Dios, á un estado de perfeccion muy elevado. Gobernabáse en todo por la direccion de un Lector Jubilado, hombre insigne en literatura, y de singular espíritu. Embidioso el Demonio de los progressos de esta alma, se le apareció en figura de su Confessor, y la dixo: *Yo soy tu Padre, y conozco que tú, y yo hemós vivido engañados; y assi no llegues mas á mis pies, porque es contra mi conciencia, y no quiero condenarme contigo. Sirve á Dios por el camino llano de tu officio de Tercera, oír Missa, y comulgar rara vez, porque si no, te condenas.* A este tiempo, permitió Dios en el Confessor, que se le turbáse en tanto modo la razon, que él mismo le dixesse á su Confessada lo proprio que le avia dicho el Demonio, en terminos equivalentes: De forma, que en breve quedaron ambos en un labyrintho confuso. Hallabáse el Siervo de Dios por entonces en aquel Reyno, y aviendo inspirado el Cielo á estos atribulados, que le descubriessen sus congojas, desde luego descubrió ser todo fofisma del Enemigo comun, desvaneciò sus malas artes, desterrò las sombras de aquellos corazones confusos: Y poniendolos otra vez en el claro camino de la virtud, los dexò tan entendidos para la cautela, como avisados, para no dudar de la fidelidad de Dios, que aunque permite que padezcan sus amigos, les previene en tiempo oportuno el remedio.

En esta misma Ciudad, se llegó á ver la V. Doña Anna Guerra tan llena de espantosos conflictos, que le parecia hallarse en el ultimo peligro. Las passiones, que á su entender prevalecian por entonces, eran las del sensual apetito; siendo tanto el desenfreno de este Enemigo domestico, instigado

del Demonio, que á penas podía proferir con gran fatiga, el no de la voluntad, diciendo: *Que me pierdo, que me pierdo: Detèn, Señor, esta bestia, que se precipita.* En esta batalla avia estado algunos años; quando con licencia de su Confessor, y no sin especial impulso del Cielo, fuè á comunicar con el P. Fr. Antonio su padecer tan peligroso. Oyòla el V. P. con su acostumbrada paciencia, enteròse de su padecer, y capacitado del estado de aquella desolada alma, dexò brevemente su espíritu con una serenidad estraña, le dió muchas maximas para no descaècer en semejantes aprietos; y desde aquel punto, no bolvió à ser molestada en todo el resto de su vida de los incentivos de la concupiscencia: Antes bien, le mostrò Dios vencido del todo este vicio en la figura de un Mastin, antes lozano, y furioso, y despues atado con cadenas, tan flaco, y y debil, que no tenía aliento para moverse.

La misma serenidad experimentò por medio del Siervo de Dios, la V. Sor Michaela de la Concepcion, Abadesa del Convento de N. M. Santa Clara de aquella Ciudad, en algunas de sus grandes aflicciones interiores, en que logró ser fortalecida, y alentada con los consejos, y doctrina de este Varon Sapientissimo. Mas facilmente consiguió este mismo beneficio un Secular afligido, que iba á buscarle, para comunicarle sus dudas. Encontròle por accidente en la calle, y antes de descubrirle su afliccion, le fuè dando satisfaccion à todos sus temerosos reparos. No pudo contener el agradecido hombre en silencio los afectos de su alma, yà serena: Y dando muestras de que lo tenía por muy amigo de Dios, avivò el passo el humildissimo Padre, diciendole à su Compañero, que fuè testigo de todo con agraciado sorriso: *Mire que tonto: Mire que tonto;* persuadiendose à que era necedad tenerle por bueno, quando el conocimiento de su nada, lo tenía sumergido en un abismo.

Un cierto Caballero, que por direccion de el V. P. Margil frequentaba los Sacramentos, asseguró en toda forma, que

que el dia que se hallaba sossegado de conciencia, veía al V. P. con el semblante alegre, y placentero; y que quando avia tenido algun defecto, lo miraba con el rostro zañado, y como enojado: De lo qual inferia para sí, que el Siervo de Dios le leía continuamente lo que tenía en el corazon. Lo cierto es, que faé singularissimo el zelo de la salvacion de las almas, que tuvo este gran Missionero, y por lo mismo, no se debe hacer dificultoso de que el Cielo lo ilustrasse de muchos modos, para el acierto de su direccion, como se verá en el siguiente caso, y con èl pondré fin à esta materia. Aviendo dicho en cierta ocasion una Confessada suya de esta Ciudad, que professaba especial virtud, que avia escrito un papel de cumplimiento, le respondiò con algun enojo: *Dios te lo castigará, no quedará sin castigo.* Avia por entonces Jubileo en el Exemplarissimo Convento del Carmen, y aviendo concurrido à èl esta Señora, advirtió, despues de cantada la Gloria, que no estaba patente el Santissimo Sacramento. Hizole fuerza lo mismo que reparaba, y preguntando à una compañera suya, qual podía ser la causa de no estàr descubierto el Sacramentado Señor en un dia tan solemne, le respondiò esta como admirada: *Muger, què estás ciega? Pues no lo ves?* No se diò por satisfecha con la respuesta, viendo que no concordaba con lo que le dictaba el sentido: Y preguntando lo mismo à otra, le respondiò lo mismo que la primera. Entonces entendió à lo que aludian las palabras de su Padre Fr. Antonio, y el total despego con que debía proceder en adelante, de todo lo que es, ò huele à Mundo, para ver las cosas de Dios sin embarazo. El caso ofrece buena doctrina à las que se precian de espirituales, y gastan gran parte del dia, y muchas horas de la noche, en politicas, y visitas impertinentes.

